VENGANZA · 2

LA INICIACIÓN

LA TRILOGÍA ERÓTICA MÁS POLÉMICA

MALENKA RAMOS

esencia

Venganza 2. La iniciación

Malenka Ramos

Esencia/Planeta

© Malenka Ramos, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: más!gráfica
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: septiembre de 2014
ISBN: 978-84-08-13159-5
Depósito legal: B. 14.789-2014
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Rencor

Que nadie ni nada te haga olvidar jamás tus raíces. Hay una razón en la vida para ser como uno es. Y si esa razón se olvida, te destruye poco a poco...

Permaneció de pie con los puños cerrados en un gesto de crispación, los ojos muy abiertos dirigidos hacia Sara, luego Mateo, Antón, todos y cada uno de los que allí estaban. Ni siquiera la eterna alegría picajosa de Carlo retumbó en el salón, ni un leve sonido, ni un gesto. Los cristales de la lámpara de araña tintinearon levemente sobre ellos. Eran dos hombres angustiados, enfrentados y separados por la mesa. Dos hombres que de niños habían sido amigos, cómplices, hermanos, pero que hacía años que no se hablaban, que ni siquiera se miraban por la calle. Que se temían.

El silencio se hizo eterno. Sólo se oyó un suave sollozo de Sara y un suspiro de Samara, a la que Dominic le pedía calma, aferrando su mano bajo la mesa. El resto observaba. Unos a Antón, otros a Alexander. Silencio... Angustioso y eterno silencio...

—¿Tan difícil era para ti mantenerte alejado de mis hijos? —inquirió Alexander furioso—. ¿Acaso no eran suficientes ya? ¿Tanta necesidad tenías de vengarte de mí? ¡Mi hija tiene dieciocho años! —Golpeó la mesa y ésta vibró con intensidad.

—Yo nunca me he querido vengar de ti, Alexander —contestó Antón—. Tus hijos están aquí porque así lo desean.

—Padre —Mateo se incorporó—, aquí no, por favor.

Alexander le dirigió una mirada desafiante y apretó la mandíbula con fuerza.

—Tú... —El odio teñía sus palabras—. Debías proteger a tu hermana, debías haberla apartado de todo esto. —Lo apuntaba amenazadoramente con el dedo, con el puño sobre la mesa—. ¡Te pedí mil veces que no te acercaras a esta gente!

—Formaste parte de lo que reniegas —dijo Antón—. No entiendo tu odio, no entiendo tu miedo. ¿Acaso fuimos nosotros los que te hicimos daño? Ni siquiera me miras por la calle. He soportado tu arrogancia durante más de treinta años y ahora vienes a mi casa y me reprochas ¿qué? ¿Que cuide de ellos? ¿Que me preocupe de tus hijos? ¿De los hijos de tus amigos?

Las sienes de Alexander empezaban a latir.

—Son mis hijos, ¡maldita sea! —gritó.

—¿Tus hijos? —repitió Antón—. ¡Mira al resto, Alexander! ¿Acaso no te suenan sus ojos? ¿Acaso no ves en ellos a los que fueron tu familia hace tanto tiempo?

—No tengo por qué escuchar todo esto...

—¡Oh, claro que sí! —Antón pareció encolerizarse—. Mira a Romano, el hijo de tu amigo. Mira a aquel muchacho del fondo, Carlo, ¿acaso no te suena su cara? ¿O quizá no ves a Roberto? Que casualmente se llama como su padre, ¡tu amigo! Tiene los ojos de su madre, Alba. Sí... La misma que te curaba las heridas de las continuas palizas. ¿También a ella la has olvidado? ¿Y no recuerdas a Eleonor y las horas que pasó a tu lado cuando llorabas desconsolado? —Apoyó las manos en la mesa y bajó la cabeza—. Todavía no sé qué te hicimos... No sé qué te hice... Maldita sea.

Alexander parecía a punto de estallar. Miró a su hija y luego dirigió una mirada inquisitiva al resto. Nadie abrió la boca. Ambos hombres permanecían de pie en los dos extremos de la mesa, el uno frente al otro.

—Aquí sufrimos juntos... Cuando éramos niños, te dije que, si algún día era alguien en la vida, volvería al orfanato y destruiría todo lo que nos había hecho daño. ¡Todo!

—No sigas —musitó Alexander.

—¿Que no siga? —Antón señaló a Mateo—. Tu hijo conoce tu pasado mejor que tú. ¿Te ha juzgado? ¡No!

Su antiguo amigo le dirigió una mirada casi de estupor. Sara estaba aterrorizada, temblaba como una hoja y se aferraba con fuerza a Meredit.

—¡Cállate! —le gritó Alexander a Antón—. ¡No te permito que les hables a mis hijos de...!

—¿De qué? —Sus palabras volvieron a sonar agotadas y tristes—. ¿De tu vida...? Casualmente, es la misma que la mía, y que la de sus padres, la de sus madres. ¿Quién eres tú para impedir que conozcan sus raíces? ¿Quién, Alexander?

—Enterré mi vida el día que salí de aquí —replicó él—. Y tú me lo recuerdas cada vez que bajas al pueblo y paseas a tus chicos, provocando a la gente con la que te cruzas.

—No puedes cambiar tu pasado.

Alexander avanzó hacia él con paso firme. Dominic hizo amago de levantarse, pero Antón le indicó con un gesto que permaneciera quieto. Cuando Alexander llegó a su lado, se quedó inmóvil.

—Mi pasado sólo me hizo sufrir —musitó.

—¿Dónde quedó lo que fuiste una vez? ¿Dónde quedó tu humanidad?

—Todo enterrado bajo este mismo suelo. En sus sótanos, en sus cámaras, en sus habitaciones húmedas, en las celdas de castigo —contestó Alexander con rabia.

Bajó la vista e inspiró profundamente. Durante unos segundos, se quedó en silencio, con los ojos muy brillantes, coléricos,

con una furia sobrenatural. Luego se apartó de la mesa y dio unos pasos hasta llegar a la puerta, donde se quedó de espaldas unos instantes. Ladeó la cara sin mirarlos y negó con la cabeza enérgicamente.

—Alexander... —susurró Antón.

Su antiguo amigo ni siquiera lo miró. Atravesó el vestíbulo sin titubear y, abriendo la puerta, se fue.

2

Empieza el juego

Dudaba de la posibilidad... pero sí, al final te pudo la curiosidad.

Dominic había hablado con Catinca, que le contó que Antón se había acostado hacía un rato, muy afectado por aquel enfrentamiento con Alexander. Estaba triste, pero era una de las pocas cosas en las cuales él no podía hacer nada. Intentar consolarlo hubiera sido ridículo.

Nadie había dicho una sola palabra el resto de la sobremesa y luego cada cual se retiró a preparar sus cosas o a descansar un rato antes de partir. La pequeña Sara se había ido llorando con su hermano, que trataba de consolarla sin conseguirlo.

Sentado en la butaca de la habitación, Dominic permanecía en silencio mientras Samara recogía sus cosas para regresar a la ciudad. La imagen de Alexander, aquel hombre tan imponente y pragmático, lleno de ira frente a la mesa, lo impresionaba. Ni siquiera Carlo había abierto la boca aquella tarde. ¿Qué podía hacer ninguno de ellos? Nada...

Dominic era tan ordenado y pulcro que ya lo tenía todo listo para irse, en cambio Samara solía dejar las cosas para última hora. Terminó de preparar su bolsa, lo miró y se acercó, colocándose entre sus piernas de rodillas. Le pasó las manos por los muslos y le sonrió. Dominic le acarició el cabello y jugó con sus rizos.

Estaba pensativo, pero en su rostro no se reflejaba tensión alguna, tan sólo serenidad.

—Hay algo que no me dices —le susurró—. Y debieras...

Ella frunció el ceño e hizo una mueca de curiosidad.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque te conozco muy bien, princesa...

—No creo que sea el momento —contestó Samara.

—Siempre es un buen momento, cariño mío. —Le pasó un dedo por los labios y le sonrió con dulzura—. Habla.

—Yo también quiero probarlo. —Sintió un leve rubor en las mejillas y bajó la vista.

—¿El qué?

—Lo que decía Alexis, ese sentimiento de total abandono y entrega. Desde que hablé con él, me he dado cuenta de que jamás lo he sentido.

—Porque estás a la defensiva frente a ti misma.

—No sé cómo hacerlo, es decir, no sé cómo alguien se entrega hasta ese punto, cómo llega un momento en que sientes eso...

Dominic tiró de ella con suavidad y la sentó en su regazo. Le hizo apoyar la cabeza en su hombro y metió la mano por debajo de su falda, acariciándole el sexo delicadamente. Luego la besó en la frente y se rió.

—No sabes lo que estás pidiendo... Te dije que no necesitaba eso de ti.

—No —musitó—. Quizá no lo sepa, pero quiero conocerlo. Probar si soy capaz de pasar por ello.

—Es duro —le dijo él—. Muy duro, Samara.

—Necesito vivirlo, Dominic. Quiero probar lo que se siente. Alexis hablaba de ello tan apasionadamente que no puede ser tan malo. Me pareció algo muy intenso y me llenó de curiosidad.

Él negó con la cabeza y sonrió.

—Si fracasas, quizá sea más doloroso que superarlo... Tu carácter te hará pasar malos momentos, Samara. Debes estar segura de lo que me pides antes de decidirte.

Notó cómo sus dedos jugaban con la entrada de su vagina. Empezaba a humedecerse ante sus caricias y le resultó difícil no moverse.

—Esto... —susurró Dominic— te costaría mucho más de lo que ahora te cuesta. —Le introdujo los dedos—. Y tú eres caliente y pasional. ¿Comprendes?

La besó y movió los dedos dentro de ella, acariciando las paredes de su sexo.

—Necesito probarlo... —musitó ella, jadeando—. Ahora es como un reto para mí. ¿Y si lo consiguiera? —Se movió nerviosa—. ¿Si pudiera hacerlo?

Dominic la besó apasionadamente y le apretó el clítoris, haciéndola gemir de placer.

—Quizá no aguantes ni una semana, nena... Yo no cederé ante nada y lo sabes. Una semana entera, con sus noches y sus días, amor...

—¿Y si la aguanto? —Separó las piernas ansiosa.

Él la cogió en brazos y la dejó sobre la cama, colocándose encima. Tenía la piel caliente y su sexo parecía hincharse mientras Dominic volvía a deslizar la yema del dedo por él. Samara se arqueó a su contacto y fijó la vista en un punto del techo, mientras abría delicadamente la boca para soltar un delicioso jadeo. Él le besó los labios mojados, el cuello, descendió despacio entre sus piernas y pasó una sola vez su cálida lengua por su sexo para volver a subir por su vientre hasta sus pechos.

—¿Qué sentirías si lo soportara?

Dominic se desabrochó los botones del pantalón y se clavó despacio en ella. Aquella presión, aquella estrechez lo volvían

loco. Estaba empapada, caliente por dentro, hirviendo, y su sexo se contraía presionando su miembro, provocándole una sensación dolorosamente excitante y atenazadora.

—Orgullo..., cariño mío. ¿Es suficiente para ti?

La embistió suavemente, mientras la presión de su cuerpo la transportaba a otro mundo y la llenaba de deseo. Le metió la lengua en la boca y se aferró a su pecho.

—Necesito saber si soy capaz, Dominic...

Él le abrió la camisa y le lamió los pechos. Tenía los pezones duros, hinchados por la excitación. Pasó la lengua primero por uno y luego por el otro, los mordisqueó suavemente y succionó ambos mientras la aferraba contra él y se enterraba lentamente en ella. Samara le rodeó las caderas con las piernas y le bajó la ropa. Su cuerpo era como un muro de contención, como un bloque cálido y amenazador que se balanceaba sobre ella aumentando aquel placer, provocándole aquella avidez incontrolable de más...

Le desabrochó los botones de nácar de la camisa. ¡Tenía un torso tan delicioso, tan duro y caliente! Dominic la embistió suavemente y ella le mordisqueó uno de los pezones. Acarició la suave piel de su espalda, de sus caderas, los músculos de sus nalgas, que se movían al compás de sus jadeos. ¡Y cómo se clavaba en ella! ¡Cómo se movía y qué desesperación por que no cesara nunca!

—Recuerda entonces algo importante... —le susurró él apasionadamente al oído—. Pase lo que pase... no olvides que te amo.

Samara quería saber qué sentía Alexis, qué sensación producía abandonarse como él lo había hecho y perder su condición de persona autónoma, sus privilegios y su libertad, para vivir como una esclava.

La primera prueba tuvo lugar nada más llegar a casa. Dominic le pidió que se quitara la ropa y se colocara en el centro de la habitación, con las manos en la nuca. Se sintió extraña así de pie frente a él, que la observaba en aquella postura tan incómoda. Estaba segura que no confiaba en que lo aguantase, pero quería demostrarle que era capaz. Aunque lo pasara mal, superaría esa semana.

—Samara, te voy a explicar las normas y voy a darte la oportunidad de que vuelvas a meditar tu decisión —musitó—. Piensa que en el momento en que aceptes, no habrá marcha atrás. A menos que te rindas, claro está.

—Podré con ello... —contestó digna.

—No lo tengo claro.

En ese instante, lo único que deseaba era demostrarle que al menos lo intentaría. Pensó por un momento que superaría aquella semana y sintió una emoción fuera de lo normal en ella. Ser mejor que las demás, ser incluso mejor que Romina. Su orgullo era no defraudar a Dominic en aquella situación.

—Está bien —continuó él—. Hoy dormirás y descansarás como siempre. Mañana lunes, Carlo avisará en tu trabajo de que estarás una semana fuera por causas familiares; necesito tenerte aquí las veinticuatro horas.

»Y ahora escucha atentamente las normas, porque si incumples cualquier pequeño detalle, serás castigada. También serás castigada si así me apetece a mí, no tiene por qué haber una causa, simplemente que yo lo decida. Irás siempre desnuda, como cualquier esclava. A menos que te diga lo contrario, permanecerás de rodillas todo el rato, incluso para ir a cualquier parte de la casa te desplazarás así, y cuando tengas que pararte o escuchar, lo harás como estás ahora, con las manos en la nuca y la mirada baja. No permitiré que me mires a menos que yo te diga que lo

hagas, no hablarás sin que yo te lo permita. No comerás ni te moverás si yo no te lo ordeno y no te tocarás ni un centímetro de piel. ¿Me sigues?

—Sí —musitó Samara.

—Si te pregunto algo, asentirás con la cabeza sin mirarme. Si quisiera lo contrario, ya te lo indicaría. En todo caso, tus respuestas deberán ser cortas y concisas: sí, Señor; no, Señor. Si deseara que dijeras algo más, te lo haría saber... No es tan bonito, ¿verdad?

—Podré con ello —repitió ella.

Dominic sonrió y se frotó los ojos.

—¿Por qué, Samara? No necesitas pasar por esto.

—Lo hiciste con Romina, estoy segura.

—Ella me retó estando en Quimera, se pavoneaba de lo capaz que era de servir a un hombre le pidiera éste lo que le pidiese. Le dije lo mismo que a ti: no aguantarás una semana. —Hizo una pausa y sonrió—. Y no lo consiguió: aguantó sólo tres días.

El corazón de Samara latía a dos mil revoluciones por minuto. Dominic tenía una expresión de ironía y perplejidad. Estaba segura de que usaría todos los medios a su alcance para evitar que soportara esa semana.

—Te voy a ser muy franco, princesa. —Se acercó a tan sólo unos centímetros de ella y se agachó—. Voy a poner todo mi empeño en este juego. Porque lo considero sólo eso, un juego, una prueba. Yo no quiero una mujer a mi lado que actúe como lo vas a hacer tú ahora, pero me llena de curiosidad verte en situaciones límite y ver cómo reaccionas.

—Te aseguro que lo conseguiré —volvió a repetir Samara con la misma dignidad.

Él la miró y vio que a sus labios asomaba una leve sonrisa de provocación. Inclinó la cabeza y sonrió del mismo modo.

—Está bien... Será como tú desees.

Aquella misma noche, Dominic reunió a todos en su casa. Mateo llegó totalmente destrozado. Había mantenido la entereza frente a su hermana, pero después de dejarla en su casa, no pudo más.

—No sé cómo solucionar esto, es bochornoso. —Se dejó caer en el sofá, al lado de Carlo—. Sara está muy afectada. No creo que pueda volver a casa de mis padres de momento. No, estando él como está.

—Ya es mayor de edad. Que se matricule en la universidad de aquí —le dijo Dominic.

—Eso había pensado, pero tengo la cabeza como un bombo. En parte también entiendo a mi padre, comprendo que tiene todo el derecho a estar así...

Carlo levantó una ceja y lo miró.

—Además —prosiguió el joven—, no sé si el tiempo borrará lo que ha pasado este fin de semana... De verdad, estoy hecho un lío. No sé qué hacer.

—Dejar pasar los días y ver cómo evolucionan las cosas —respondió Roberto, levantándose y paseando por el salón—. Es normal que alguien os haya visto y se lo haya comentado. Ese pueblo no es más que eso, un pueblo.

—Con respecto a Sara, creo que devolverla al pueblo no la beneficiará —opinó Dominic—. Como te he dicho, creo que lo mejor sería que se matriculase aquí. Ocúpate de ella y mantén cierta distancia con tu familia un tiempo, hasta que pase la tensión inicial. —Se acercó a la ventana y añadió—: El resto no debe preocuparte, aunque por Antón me gustaría que las cosas cambiaran...

—Sara aún no ha terminado el instituto. Le queda un trimestre, o sea que tendrá que volver. —Se frotó la frente—. Joder...

—No sé qué problema hay, que se quede en Quimera mientras termina —replicó Dominic, sonriendo con ironía.

—Oh, qué divertido. —Carlo se rascó la cabeza—. Sarita y Natachita van a la universidad con sus mochilitas, y a la salida las recogen sus papás adoptivos... —Soltó una risa, pero se puso serio de inmediato al ver las caras de los demás—. Vale, sólo era para romper el mal rollito, joder.

Samara estaba medio dormida cuando lo oyó entrar en la habitación. El sonido de la ducha la despertó del todo y se incorporó. Dominic salió del baño con una toalla enrollada en la cintura y una expresión algo apagada. Supuso que la conversación con el resto no habría ido muy bien. Pensó en Mateo, en su expresión de tristeza cuando su padre discutía acaloradamente con Antón, en Sara y sus ojos empañados de lágrimas.

Quizá ella no tardara en pasar por algo similar. Sus padres apenas la habían vuelto a llamar, pero eso no le preocupaba. Aún sentía cierto rencor hacia su padre cuando pensaba en el sufrimiento de Luis y en los años que éste había pasado solo, privado de una familia y vagando por las calles siendo tan joven. Eso la entristecía. Luis era una persona tan humana, que incluso tras ese sufrimiento había conservado una personalidad pura y buena. Sin embargo, algo le decía a Samara que las cosas no iban a quedar así.

Dominic se sentó en la cama y se inclinó hacia delante.

—Esto es como un patio de colegio —susurró—. Cuando no pasa algo con uno, pasa con otro... Es como tener diez hijos incontrolables y cada día un problema con uno de ellos.

—Os protegéis mutuamente —le dijo ella—. Eso es bueno, Dominic. —Se rió por lo bajo, pues le resultaba graciosa la idea—. Es una época mala, pasará.

—Eso espero. —Se volvió hacia ella y la miró con curiosidad—. ¿Echarás de menos la cama? —le espetó—. Lo digo porque será la última vez que duermas en una... a menos que seas eficiente y te estés calladita, cosa que dudo. —Hizo una mueca irónica.

—Me provocas, pero no caeré en tu trampa. Te conozco bien.

Él se rió al escucharla y, bajando la cabeza, le hizo un gesto con el dedo para que fuera a su lado.

Samara alargó el brazo y, de un tirón, Dominic la acercó a él.

—Te diré una cosa, mi amor. —Le sujetó la cara y la besó, luego aproximó la boca a su oreja y continuó—: Otra cosa que no debes olvidar —susurró—: no tienes la menor idea de hasta dónde puedo llegar.

Le sonrió con dulzura y la besó en la frente.

—Así que no conviertas esto en una guerra personal conmigo. Piensa que quieres experimentar esa entrega de la que hablas o bien competir por ser mejor que Romina, llámalo como quieras, pero no vuelvas a dar por hecho que me conoces bien... o te demostraré... que estás equivocada, «mi amor».